

nes psicológicas, entre las que cabe destacar su libro *Estudios sobre la histeria* (1895).

Unos años antes, en 1887, había iniciado su correspondencia con Wilhelm Fliess, en el curso de la cual realiza su análisis, análisis por carta con intermitentes encuentros, denominados por Freud, congresos. Este análisis ha venido a denominarse, *análisis original, autoanálisis*. ¿Fue un verdadero análisis? Mientras dura su análisis, escribe el texto fundador de la teoría psicoanalítica, *Traumdeutung* (La interpretación de los sueños), 1900. Hacia 1902, cesa esta correspondencia y Freud comienza a rodearse de discípulos con quienes se reunirá todos los miércoles. Efecto de estas reuniones será el primer congreso de psicoanalistas en 1908, así como la creación de la *Asociación Internacional de Psicoanálisis* en 1910.

De los análisis que Freud realiza, lleva a la escritura cinco, los conocidos como *Dora* (1905), *Juanito* (1909), el *Hombre de las ratas* (1909), *Schreber* (1911) y el *Hombre de los lobos* (1918). Después de Freud, pocos han sido los psicoanalistas que hayan escrito los casos de sus analizantes. Pero no han faltado analizantes que escribieran sobre sus psicoanálisis y sus psicoanalistas. El último de ellos, Pierre Rey en su libro *Une saison chez Lacan* (París, septiembre de 1989), traducido al castellano por Carlos Pujol como *Una temporada con Lacan* (Barcelona, septiembre de 1990)¹.

Este libro es un homenaje del autor a su analista, en el desafío que es todo análisis con Lacan. Desafío sobre una doble vertiente: el saber y el amor. Amor y saber encargados en la figura del analista a la que acude el periodista, fracasado en el éxito y perdido en el goce: ¿Quién soy? ¿qué quiero?.

En este desafío entre analista y analizante se halla, a lo largo de la historia, un tercer hombre que el autor apoda el *Gordo*. Es la contrafigura que acompaña al analizante desde el momento mismo que le proporciona el nombre de Lacan como su futuro analista. Será el contrapunto en el relato, del que sólo sabremos la letra inicial de su nombre, A. cuando el autor relata, en análisis, su suicidio. Ocurre, pues, el suicidio de A. y no del *Gordo*: «A, se ha pegado dos tiros.» «¿Qué otra cosa quería usted que hiciera?», le responde su analista.

Del mismo modo que Lacan en su único libro que escribiera, *Écrits*, así, *Una temporada con Lacan*, se divide en siete secciones, tituladas: *Pacífico, Genealógico, Alfa-*

bético, Anecdótico, Dialéctica, Mayéutica y Ética. Si los dos primeros puede escribirlos antes de la muerte de Lacan, los restantes solo podrá redactarlos con Lacan muerto.

Lo «genealógico» lo inicia el autor con el acto de vestirse para tener la primera entrevista con el que será su analista, Lacan: lo termina marcando las dos enseñanzas que, en el transcurso de la cura, iba apresando: a) El tenía que encontrar solo las palabras, o como dice, las cosas, sin esperar ayudas; b) La mentira del Otro como única vía, a veces, de alcanzar la verdad. El psicoanálisis es una construcción a partir del análisis, de la «disolución» de ciertos significantes, es una conquista a través de un robo al sujeto supuesto al saber, es una pacificación y la promesa de la nada.

Lo «anecdótico» es el dinero. En primer lugar, ¿cómo ganar el dinero que debía pagar a Lacan cada una de las sesiones? Según Rey, era exorbitante: habla de tres billetes por sesión; o bien, eran billetes de doscientos francos, o bien, de quinientos. Como cuenta, después de pagar la primera entrevista le dice que no puede volver porque no tiene dinero; Lacan, como si no lo hubiese oído, contesta: «Hasta mañana». Y allí empieza su carrera para buscar prestado el dinero. Cada sesión acababa con las mismas palabras del analizante y con la despedida hasta el próximo día del analista: «No tengo dinero», «Hasta mañana».

Pronto, se plantea la pregunta ¿cómo ganar dinero? Antes, lo había ganado como periodista, desde 1959 en *Paris-Press*, y desde 1965 en *Marie Claire*, primero como redactor jefe y luego como director. Hasta que, antes de ahogarse en la dirección, se fue. Desde ese momento, hizo trabajos periodísticos esporádicos como la entrevista a Lévi-Strauss que le permite pagar veinte sesiones, además de escucharle una respuesta referida al dinero: «si fuera analista ganaría más dinero» —dice el etnólogo— apuntando a Lacan.

Pierre Rey, que quiso ser pintor, repasa la relación con el dinero de muchos pintores, p. ej. Miguel Ángel, Gauguin, Modigliani, Van Gogh. En ellos, resuena una demanda constante: «Enviad dinero». ¿Acaso la miseria —se pregunta— es el único fermento de la génesis de

¹ Pierre Rey, *Una temporada con Lacan*, Barcelona: Seix Barral, 1990.

las obras maestras? Y ahora, la pregunta no es dónde ganar dinero sino de dónde sacarlo. En tal punto, le cae la respuesta del cielo: Después de los dos best-sellers, *Papillon* y *El padrino*, él haría el tercero. Dicho y hecho.

En 1973, salió a la venta, en la editorial Robert Laffont —la misma en que publica este libro que comentamos, a su vez best-seller— *Le Grec*, con lo que los problemas económicos de su análisis quedaron para siempre resueltos. A este libro, seguirían otros en el curso de su análisis y después: *La veuve*, *Out*, *Palm Beach*, *Sunset*, *La mienne s'appelait Regine*, *L'Opera du fou*.

La escritura y el análisis movilizan una energía total, e indisponen al escritor y al analizante para todo lo demás. Por obra de la mirada interior que ambas imponen «ya sea que se concentre propiamente en el universo mental en el que los tiempos se trastornan, ya por la exigencia de los personajes que habitan a su creador», se produce un desdoblamiento que amortigua los rumores de la vida. Ambas no están lejos de la locura, «ese punto focal del aislamiento».

La transmisión del psicoanálisis fue, en el caso de Freud, a través de la escritura con el fin de dar cuenta de él como experiencia del habla —«talking cure»—. Lacan, que apenas escribió, en comparación con Freud, se ocupa de la transmisión por el discurso y considera el psicoanálisis como experiencia de la letra. Así, pues, según esto, resulta paradójico que Freud trabaje una teoría de la «talking cure» y Lacan una teoría de la escritura.

Frente a otros analizantes que han escrito sobre su experiencia, sin consideración ni reflexión sobre el hecho de la escritura, Rey se pregunta cómo escribir. Y lo dice un novelista, un periodista que llevaba veinte años escribiendo.

Un libro, *Una temporada con Lacan*, lo empieza a escribir una vez acabado su análisis y antes de la muerte de su psicoanalista. Comienzo que interrumpe pronto, no sin antes señalar que lo que se proponía era dar testimonio de los diez años en que se jugó la vida en el diván de Lacan. Sólo puede continuarlo ocho años después de la muerte de Lacan. A punto de concluirlo se da cuenta de que ha revivido, tratando de vomitarlos, todos los síntomas de angustia y regresión que había tenido cuando se desarrolló su análisis. Y aquí, aparece otro síntoma nuevo, en el momento de acabar el libro:

una bola le obstruye la garganta, que se interpreta diciendo que lo que estaba en juego no era otra cosa que el acto de escribir:

(...) y metafóricamente, a través del *fin* que implicaba, el temor inconsciente de llegar a un término, de revivir como una muerte la conclusión de mi análisis, y la muerte de mi padre, y la muerte del Gordo, y la muerte de Lacan. (Pierre Rey, pág. 158).

Y ¿cuál fue —se nos preguntará— el beneficio de los diez años de análisis de Pierre Rey con Jacques Lacan?. Haber saldado algunas de las deudas con los muertos y haber robado.

Lo que el autor reconoce que aprendió fue, primero, a nombrar las cosas y, luego, la función del vacío. Nombrar era no retroceder ante la palabra, incluso, no tener miedo de las palabras. Porque, —tiene razón— lo que se reprime son palabras, que tarde o temprano nos alcanzan y nos descubren. Más discutible es la cita que trae de Françoise Dolto: «Nada perturba si se habla de ello», si la extrapolamos fuera de la sesión psicoanalítica o incluso en esta. Convenimos, pues, que una función del psicoanálisis es suprimir esa represión, pero el análisis no se reduce a una *talking cure*.

Con Lacan se da también el aprendizaje del odio que le conduce a interrogarse sobre el amor, sin preocuparse de dominar su manifestación, o de mostrarse vulnerable. En fin, aprende a nombrar su deseo.

En sus referencias teóricas al psicoanálisis debemos agradecerle su precisión y sus innovaciones no siendo psicoanalista. Que el estado de la teoría lacaniana, diez años después de la muerte del autor, empuje —entre otros motivos— a Pierre Rey a publicar su libro, manifiesta el triste destino de los textos publicados de Lacan así como sus inéditos.

La obra inédita de Lacan alcanza la mayor parte de su bibliografía. Conviene señalar, entre otros, los siguientes textos fundamentales aún no publicados: los veintiún seminarios públicos (entre 1956 y 1980) y los dos privados (1951-1953); la conferencia sobre el estado del espejo (1936); la que disertó sobre lo simbólico, lo imaginario y lo real (1953); o las que pronunció, de 1947 a 1954, en el *College Philosophique* de París.

Aquellos, los textos publicados, vieron la luz sin bibliografía, sin notas, sin índices de conceptos o de autores, sin variantes, en una palabra, sin aparato crítico,

con la excepción parcial del libro que llegó a publicar Lacan *Écrits*.

Rey articula de este modo las tres fases de la conducción del análisis por Lacan: a) En un principio le dejaba hablar lo que quisiera, dice, dándole impulso cada vez que se producía una vacilación o una pausa; b) En un segundo momento, no quería escuchar a Lacan y cuando este hablaba le interrumpía; c) Finalmente, se sometió a la ley de Lacan en cuanto que la verdadera elaboración, el trabajo se hacía sobre todo en los intervalos que separaban las sesiones.

En el último punto, se trata de la gran innovación técnica de Lacan, las sesiones de duración variable uno de cuyos efectos es que al fin de la sesión siempre es una interpretación así como que el trabajo lo sitúa fuera, no en el interior de la sesión, como suele ocurrir normalmente. El piensa que el corte de la sesión no puede ser efecto del tiempo estándar, independientemente de lo que en la sesión ocurra; el final de la sesión debe estar acorde, más bien, con el discurso del analizante.

De la técnica del psicoanalista, en este caso, de Lacan habla sabiendo lo que hay entre manos, sobre todo en los casos en que acuden al análisis personas muy angustiadas o prometidas al suicidio. Allí, la vida y la muerte pendían de un hilo que tenía en sus manos el analista:

De abrir la mano, de cometer el menor error de apreciación, de pronunciar una palabra torpe, de prolongar un silencio, de alargar una mirada en el mal momento, todo podía precipitarse en la nada: entre aquellos condenados ávidos de su muerte, destinados a la muerte, casi muertos, y que él arrancaba a la muerte para traerlos a la orilla desde muy lejos, ¿cuántos hubiesen sobrevivido de no ser por su intervención? (Pierre Rey, pág. 95).

No muchos psicoanalistas, es cierto, se aventuran en aceptar el desafío de estos «seres-para-la muerte», en afrontar una sola de sus miradas y menos si gozan del privilegio de ser analistas didactas y/o de reconocido prestigio. Pierre Rey sale así al paso de los que hablan de que a Lacan se le suicidaban analizantes y es que era de los pocos que aceptaban escuchar a los que iban tal vez a morir y, por tanto, aceptaba el riesgo.

El autor, a veces, se aventura, dentro de su análisis, a ciertas presuposiciones, por ejemplo de cómo veía la relación Lacan-Freud. Así, se atreve a decir a Lacan: «Suponga que Freud aún viviera. Los dos intentarían liqui-

darse. Sería la guerra» o cuando interpela a Lacan sobre su ética y este contesta: «Nada prueba que me hubiese desautorizado».

Rey se sabe situar, respecto al relato de su discurso en el análisis, de una manera cabal: dice siempre «me oí decir».

Con todo, el autor, a veces, transcribe o recuerda mal algunos datos. Así, cuando dice que uno de los apellidos de su amigo el Gordo, es Perier. Pudo confundir su escritura con la del intelectual, O.-J. Perier. El psicoanalista era otro: François Perrier, fallecido en 1990 y uno de los colaboradores más próximos de Lacan de 1952 a 1965.

En otro momento, si bien señala correctamente a los protagonistas, Sigmund Freud y Ferdinand de Saussure, confunde fechas y lugares. En 1905 Freud, sí, se encontraba en Viena pero Saussure no estaba en la Sorbona, sino en Ginebra. Saussure estuvo ciertamente en París, pero fue durante la década 1881-1891. En este tiempo, Freud también acudió a París durante unos meses, en su caso, para estudiar con Charcot, a cuyo lado permaneció cinco meses —de octubre de 1885 a febrero de 1886—. Así, pues, coincidieron unos meses, pero cada uno ignoraba el nombre del otro. Probablemente, Freud no oye hablar del padre de la lingüística antes de 1920, cuando tiene tendido en el diván a su hijo, Raymond de Saussure, que se convertirá en psicoanalista. Éste, en 1922, publica un libro sobre psicoanálisis que el mismo Freud prologa: pronto, será miembro de la sociedad suiza y uno de los fundadores de la Sociedad Psicoanalítica de París en 1927. Lacan lo trató, pero hasta la segunda mitad de siglo ninguno de los dos sabía de la revolución que la obra de Ferdinand de Saussure supuso para la fundación de la lingüística moderna. Lacan, en la década de los cincuenta estableció, como dice nuestro autor acertadamente, el vínculo entre Freud y Saussure.

Carlos Pujol, traductor del libro, goza de una merecida y dilatada fama que aquí confirma. Ello no obsta para que algunas expresiones puedan ser corregidas. Señalamos las que hemos encontrado:

C'est de la pure perte, traducido por *No sirve para nada* (pág. 70). Proponemos: participa de la pura pérdida.

Je voudrais un rendez vous avec le docteur Lacan, traducido por, *Quisiera pedir hora para que me visite el doctor Lacan* (pág. 40), sería más comprensible verterlo